

21. P. Joaquín Traggia

El P. Joaquín Traggia nació en Zaragoza en 1748. Su familia era amiga de los escolapios. Estudió humanidades en Barbastro. Ingresó en el noviciado de Peralta en 1761 y allí profesó en 1764. Al finalizar sus estudios de filosofía en Daroca, cautivó al P. Basilio Sancho, nombrado ya Arzobispo de Manila, con la defensa brillante de unas conclusiones públicas. El nuevo Arzobispo se lo llevó a Filipinas. En Manila hizo el doctorado en teología en la Universidad Pontificia. Fue Secretario del Concilio Provincial y redactó sus actas, lo mismo que el reglamento del seminario y los estatutos de misiones. Conocía bien las siguientes lenguas: hebreo, copto, etiópico, latín, griego, tagalo, italiano y francés. Volvió a España para presentar las actas conciliares en Madrid y Roma. No logró su propósito. De nuevo en Aragón, enseñó en Zaragoza, Valencia, Madrid. Buen predicador. Escritor incansable, con una preparación única. En agosto de 1793, abandonó la Orden. Latassa, de quien era amigo, incluye todas sus publicaciones y las analiza, particularmente sus memorias históricas manuscritas, que se acercan a cien volúmenes. Algunas de esas Memorias, que Latassa cita como manuscritos, se publicaron después de la muerte del autor en el Boletín de la Academia de la Historia. Falleció en Zaragoza en 1813.

El P. Traggia fue, ante todo, historiador. Hemos seleccionado unas páginas de la Introducción a su obra "Aparato a la Historia Eclesiástica de Aragón".¹

INTRODUCCIÓN

Emprendo escribir la Historia Eclesiástica de Aragón entrando en un empeño vasto, arduo y lleno de peligros. La sencilla credulidad de unos, la excesiva y despiadada crítica de otros, las fábulas esparcidas en la historia, las contradicciones de los autores, la oposición de los mismos instrumentos que se conservan en los archivos, los vacíos, la oscuridad y confusión de los tiempos y sucesos hacen casi impracticable el camino de la verdad, sin la cual la historia deja de serlo y degenera en un cuento o novela, más o menos instructiva según la felicidad del entendimiento que la produce.

Si fuera justo llevar hasta el extremo estas reflexiones, y aumentar como con una lente estas dificultades, sería necesario dejar la pluma y poner fin a los deseos de hallar la verdad, que, según parece, cada día tiene menos voluntad de tratar con los hombres. Nuestros pensamientos son otros, y en un siglo en que se permite pensar a todos libremente en materias literarias, tengo derecho a hacer uso de esta libertad.

Por tanto, antes de poner la mano en mi empresa, debo manifestar los principios que me propongo seguir en mi obra.

Dos cosas hay que considerar en la historia, conviene saber: los hechos y el estilo. De entrambas voy a hablar en esta introducción, para que desde luego se entienda cuál será el mérito de mi trabajo.

Principios que seguirá esta historia acerca de la verdad de los hechos.

La verdad es el alma de la historia; todos desean encontrarla y son pocos los que no viven satisfechos de su hallazgo. Con todo, las historias verdaderas son rarísimas, y hablando ingenuamente, a excepción de los libros divinos, no hay tal vez historiador alguno que no se aparte más o menos de la verdad de los hechos que escribe y de los que fue testigo ocular. No hablo de los que hicieron profesión de escribir fábulas y engañar a la posteridad; hablo de los que tienen

¹ En nuestra Biblioteca Provincial de Emaús, sección Antiguos, 1. Editado en Madrid, Sancha, 1791, Tomo I.410 p.

crédito de verídicos, y con todo faltan a la verdad en varios modos: o por omitir muchas circunstancias o por dar lo que refieren (permítaseme la expresión) teñido del humor que entonces les dominaba.

Ni es posible otra cosa, ni yo me prometo tanta fortuna que me vea enteramente libre de este accidente, porque siendo la historia una pintura verbal de los sucesos, es tan difícil hacerla exacta como es dar con el pincel un retrato en todo y por todo parecido al original.

Debemos, pues, renunciar en la historia al vano empeño de encontrar con esta verdad absoluta, que, en caso de ser posible, solo lo sería en hechos simples y singulares respecto de aquellos que los observaban con atención e imparcialidad, condición necesaria para dar un testimonio fiel, pero rara vez verificada por la debilidad del entendimiento y por la miseria de la voluntad. Y si esta duda se encuentra en la verdad de los hechos producidos por testigos oculares, ¿qué podremos esperar de lo que se refiere por oídas? La mayor parte de los escritores, aun de los coetáneos, llenan sus historias de lo que no vieron. El mismo César, que escribió sus hechos, refiere muchas cosas que no vio, y en las mismas batallas no pudo ver ni oír todo lo que cuenta, aun cuando peleaba al frente de sus tropas. Pudo, pues, muy bien ser engañado, como lo son todos los días los jefes por los subalternos, por diversas causas. La experiencia cotidiana nos enseña lo difícil que es saber la verdad de un suceso singular en el mismo pueblo en donde acaeció, y son tantos y tan encontrados los modos con que los testigos oculares refieren en el caso, que solo sirven a confundir la verdad. Los hombres siempre han sido los mismos, y lo que pasa en los sucesos del día, pasó siempre desde que se supo hablar. Convengamos, pues, en que los escritores coetáneos que refieren sucesos de su tiempo que no vieron nos dan (si son hombres de verdad) solamente testimonio de lo que creyeron más verosímil en los hechos que nos cuentan.

No se puede pretender otra cosa de un testigo de oídas, si no es que diga el juicio que ha formado de un suceso sobre las diferentes relaciones que de él oyó, o que sin formar juicio tácito o expreso, refiera cuanto oyó sobre la materia. Lo primero tiene el inconveniente de ocultarnos para siempre la verdad, si no fue acertado el juicio que formó. Lo segundo solo serviría a introducir la confusión en la historia, y hacer insufrible su lección. No debemos, pues, esperar una verdad absoluta de los que escribieron por oídas los sucesos de su tiempo. ¿Y qué, los que vivieron siglos después, darán testimonio legítimo de la verdad? Esta pretensión sería bien ridícula. Un escritor moderno no merece más fe que la que se debe a los documentos antiguos sobre que zanja sus relaciones.

La desgracia es que, por lo común, este género de historiadores nos oculta las fuentes de sus noticias, así como los coetáneos nos callan el mérito de los testigos a quienes fiaron la verdad de las suyas. No habiendo la antigua república de las letras promulgado una ley formal que obligase a los historiadores a exhibir testigos de sus dichos, no hay justicia en los modernos para negarles por sola esta función el crédito racional que se les debe.

A este género de historias podemos reducir las que llamamos tradiciones, que no son otra cosa que noticias conservadas por oídas de sucesos antiguos, con la sola diferencia que en las historias se conservan por escrito, y en la tradición por la memoria y palabra de los hombres.

No hay duda de que un suceso conservado de boca en boca, sin escritura alguna, por 300 o 500 años, no puede llegar a escribirse con tanta sinceridad como un hecho que, conservado en memorias sueltas derivadas de los tiempos en que acaeció, viene a entrar en el cuerpo de una historia. La debilidad de la memoria y la desigualdad de los talentos depositarios de una tradición vocal necesariamente ha de alterar o la sustancia, o las circunstancias de un suceso. Pueden ciertos grandes acontecimientos conservarse por sola la tradición sin corromperse notablemente, pero otros de la misma naturaleza que han pasado de padres a hijos por muchas centurias, y apoyaron modernos y graves escritores, después de un escrupuloso examen se han encontrado desmentidos en su origen o del todo inverosímiles en su principio. Por ejemplo: los nueve varones de la fama

de Cataluña son una tradición del Principado, continuada por muchos siglos y sostenida por autores de alguna nota. Con todo, este suceso no deja de ser una fábula convencida de tal por su propio origen, como veremos en su lugar. Los excesos atribuidos al reinado de Witiza, y los amores de la Cava, son tradiciones no menos contestadas que la de los nueve varones, pero inverosímiles, atendidas las circunstancias de que los que escribieron en tiempo de los dos últimos Reyes Godos, no omitiendo sus buenas y malas acciones, callaron estas noticias que tanta impresión hicieron en el vulgo. Con todo, las especies de tradiciones son muchas en la historia, y aunque siempre ocuparán en mi juicio el último lugar en la prueba de los hechos, hablando en general no dejan en muchos casos de tener sobrada fuerza para presentarse con decoro a dar testimonio de los sucesos. Hay tradiciones puramente vocales, sin otro apoyo que haberse dicho así de tiempo inmemorial. No sabemos que los amores de la Cava se funden en otro género de tradición. Pero hay otras tradiciones que, aunque no estriban en escrituras antiguas, tienen otro apoyo fuera de la simple e inconstante palabra. Hay tradiciones que se apoyan en edificios, en pinturas, en esculturas y ceremonias de una respetabilísima antigüedad. Las tradiciones puramente vocales o son fabulosas, o se mezclan de tantas circunstancias supuestas, que es imposible discernir por ellas solas lo cierto de lo falso. Al contrario, las tradiciones apoyadas en cosas reales y en ceremonias fijas y regladas, merecen al menos tanta fe como los autores graves que, escribiendo lo que no vieron, no obstante, se supone tuvieron fundamento para afirmarlo. Con todo, estos apoyos no siempre son firmes, o por ser voluntarios o por estar desmentidos de memorias más antiguas. Es, por ejemplo, tradición antigua que el Conde Don Julián, el que vendió la España a los Moros, murió y fue sepultado en el castillo de Loarre, y en apoyo de esta noticia se mostraba su sepulcro. Pero probándose que dicho castillo es obra posterior y levantada algunos siglos después, y que hubo allí un Monasterio, las letras *Com. Julian*, que tal vez se leían en alguna losa sepulcral, eran un indicio equivoco para asegurar que allí yacía el Conde Don Julián, y así la aplicación que de ellas hizo al Conde el Comendador Griego, fue voluntaria. A veces, sin ser equívocos los apoyos, las tradiciones son falsas por estar desmentidas de memorias más antiguas. En Benabarre se venera en la iglesia parroquial el cuerpo de un San Medardo. La tradición al menos de 150 años, apoyada en los relieves de su urna de plata, y en los sermones que todos los años se predicán, asegura ser el cuerpo de San Medardo, Obispo de Noyon y Tornay, cuyas reliquias traídas por el Ejército de Carlomagno quedaron en Ribagorza. Y esa tradición se prueba ser falsa por un breviario manuscrito de la misma Iglesia, por otro de la de Roda, por otro del Monasterio de las Avellanas, por otro de la de Lérida y, finalmente, por el impreso para la diócesis de Lérida en 1479, los cuales concuerdan en que el San Medardo de Benabarre vino con Carlomagno y murió en Linares. Según esto, hasta que se dejó el Breviario Ilerdense, no se creyó en Ribagorza que su San Medardo era el de Noyons, y aunque no deja de tener su dificultad lo que dicen los breviarios antiguos, prueba bastantemente ser infundada la tradición moderna, por hallarse sus apoyos desmentidos por las memorias antiguas.

Mas no porque en esta tradición de San Medardo hayamos hallado desmentida la tradición moderna por la tradición antigua de la misma Iglesia debemos afirmar que todas son falsas. Si fuera lícito este modo de argumentar, destruiríamos toda la fe de las historias, y si por un error de un coetáneo o de algún moderno debiéramos dudar de todo lo que cuenta, solo porque el que mintió o se engañó una vez pudo incurrir en el mismo defecto muchas veces, sería forzoso quemar todos los libros de historia. Es necesario el examen de las tradiciones, como lo es el de los autores coetáneos y modernos: en esto no hay duda, porque la mentira sigue por todas partes a los hombres, pero después de un maduro examen, si en lo que está escrito no se descubre o falsedad o repugnancia, la equidad exige que demos una fe racional al testimonio de los hombres que refieren cosas creíbles, a no estar los testigos que las deponen convencidos y acusados de impostura.

Por lo dicho hasta aquí se colegirá cuál debe ser mi conducta en la Historia Eclesiástica de Aragón. Ni pienso hacer el papel de un crítico descontentadizo, ni tampoco el de un buen creyente que

todo lo adopte sin examen. Uno y otro son extremos que, a mi juicio, debe evitar la historia. La severa crítica solo sirve a trastornarlo y confundirlo todo, y los más rígidos críticos no pueden escribir (al menos no escriben) sin contradecirse a cada paso y faltar a sus principios. No quiero detenerme en probar esta proposición por no repetir lo que escribe el Padre Honorato de Santa María. Las reglas de Launoy y de Baillet y otros no son adaptables, y si por ella se hubieran querido gobernar los historiadores griegos y romanos, careceríamos sin duda de sus preciosos libros. Polibio y Tucídides son los más graves autores griegos, y Livio y Tácito tienen igual crédito entre los latinos. Polibio escribió la Segunda Guerra Púnica. Este fue su principal objeto, que abrazó el espacio de más de 50 años. Para escribirla viajó por Europa y Asia, y aunque pudo ver algunos de los sucesos, los más que refiere dependen de las relaciones que adquirió en sus viajes y en la casa de los Escipiones. Añadió a su historia universal muchas reflexiones políticas y militares. Se le alaba de imparcial porque no perdonó a su padre Lycortas. Esta causal no me parece suficiente en Polibio ni en su imitador don Diego de Mendoza, para aumentar su crédito. Si la crítica fuese igual con todos, el haber escrito Polibio en la casa de los Escipiones y el mostrarse tan político haría creer que los conductos por donde bebió las noticias fueron unos vidrios de aumento que desfigurarían, sino la sustancia al menos una buena parte de las circunstancias de los hechos. Estrabón lo censura y nota de adulator.

Tucídides escribió la guerra del Peloponeso. No es favorable a su patria; expone los vicios de sus generales y rara vez habla de sus virtudes. Estos caracteres de verdad también son equívocos. Un genio triste cual supone en nuestro historiador Dionisio Halicarnaseo en su carta a Pompeyo, ve solo los defectos, y su testimonio, aunque grato a la corrupción de la naturaleza, que gusta más de la maledicencia que de los panegíricos cuando recaen sobre otros, no deja de ser sospechoso. Tácito en todo ve y en todo halla los misterios y cábalas de la Corte, y sin duda muchas veces nos vende por sucesos lo que en realidad es efecto de su imaginación. Su *Tiberio*, que es su más excelente escrito, es un hombre sin virtudes, lo que a mi juicio es tan imposible como el que lo haya sin defectos. Tito Livio, no obstante sus cualidades para la historia, escribió con una especie de entusiasmo las cosas de su patria, y nos presenta la República Romana desde la cuna como un país donde se desconocieron siempre las pequeñeces. (...)